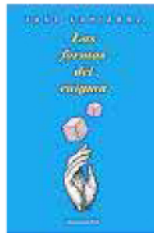


**L**ibro proteico, realizado a contraccorriente, de cuidadísima expresión y esmerada arquitectura, potente y caudaloso de imágenes, que da cabida a la narratividad, pero también a la reflexión trascendente, *Las formas del enigma* nos muestra a un José Lupiáñez (La Línea, Cádiz, 1955) pleno de experiencias vitales, que indaga sobre el misterio de la existencia y aguarda la revelación: «Que la palabra sea hoguera,/ que arda hacia adentro, en lo hondo;/ que tu palabra prefiera/ llegar al fondo». Parecen poemas escritos con sangre. A veces, evocan presencias literarias, como los homenajes a Juan Bernier o a Mijaíl Bulgakov, entre otras figuras de marcada heterodoxia, y siempre remiten a lo vivido. El poeta observa «con pascmo la inmensidad de todo», adivina en el mar el rugido de la muerte y, sin renunciar a su fascinación por la sensualidad, asoma su desgarrar a la encrucijada para seguir el rastro de lo eterno, con aquella certeza que cita de Dámaso Alonso: «es un verso la vida donde nada se tacha».

El autor ha tomado conciencia de la lepra que a todo mortal pudre. Mas aún sueña auroras y marinas, profiere carnales osadías contra el olvido y enmudece ante el «gran enigma de dos cuerpos desnudos sobre un le-

**MAURICIO GIL CANO**

## La plenitud poética de José Lupiáñez



### **LAS FORMAS DEL ENIGMA**

José Lupiáñez. Barcelona, Ediciones Carena, 2021.

cho». Hay una mirada retrospectiva en la promiscua musicalidad de estos versos, «porque el tiempo se escapa/ y el tic tac del reloj arrinconar los sueños». Persiste esa admiración explícita por la belleza femenina, tan propia de Lupiáñez: «Tú me llevas, Morgana, hasta el confín que antojos». En este sentido, cabría destacar el «Romance de la bella ante el espejo», escrito, como se nos indica entre paréntesis, de una manera lorquiana: «Qué espalda, Dios, y qué grupa,/ qué piernas y qué tobillos,/ donde cantan las ajorcas/ de los locos desvarios». Es el hecho amoroso motivo preferente de la voz lírica y relato central de su cosmogonía: «un Adán y una Eva/ transformados en ascuas». Como en la tesitura alexandrina de la destrucción o el amor, el

poeta culmina entonando su plegaria: «sálvame,/ sálvanos de este horror que ha ideado la nada tiránica».

El volumen consta de siete partes —número cabalístico que denota plenitud—. La primera, la central y la última, constituidas por un solo poema, mientras las otras cuatro acogen doce piezas cada una, por lo que podríamos hablar también de las cifras del enigma. Son páginas de prodigiosa riqueza formal, con diversidad de metros, poemas extensos y también breves, incluso algunos sonetos. El séptimo apartado, 'El ausente', viene precedido de una cita del vate bohemio Emilio Carrere, indagatoria de la ultratumba, pero su comienzo es réplica a Quevedo: «¡Ah de lo eterno!, dime, di, responde...».